

Europa ante el nuevo desorden internacional

Fin de año, fin de ciclo geopolítico. La segunda venida de Trump acaba de rematar lo que venía co-
ciéndose desde la invasión de Ucrania, el conflicto
de Oriente Próximo, la larga sombra de las aspira-
ciones hegemónicas chinas y la gestación del Sur
Global. Por no hablar de acontecimientos imprevistos co-
mo la caída del régimen de Bashar El Asad en Siria, cuyos
efectos sobre su región son todavía difíciles de evaluar. Se
espesa la niebla que envuelve el escenario internacional y
vuelve a hablarse del “nuevo desorden mundial”, marcado
por la desorientación y la incertidumbre. La mayor incó-
gnita, sin embargo, es el papel que en este nuevo contexto
vaya a corresponderle a Europa.

Es posible que aún nos falten datos para poner negro
sobre blanco las principales dinámicas que hacen acto de
presencia en la actual geopolítica; lo que sí sabemos es don-
de no estamos: lejos de las ideas e instituciones del orden
liberal basado en normas, de los mecanismos internacio-
nales de coordinación multilateral o del proceso hacia una

creciente democrati-
zación del mundo, que
creíamos imparable.
Eran los objetivos que
personificaba la UE co-
mo potencia normativa,
encargada de la repre-
sentación y difusión de
los valores universalis-
tas y cosmopolitas ha-
cia el resto de la comu-
nidad internacional. El
primer Trump ya se en-
cargó de desbaratarlos,
dentro del propio blo-
que occidental, al re-
tirarse de un buen nú-
mero de tratados inter-
nacionales y amenazar
con levantar el manto
protector estadouni-



Georgia Meloni y Elon Musk. EFE

dense a la defensa europea. Y el escenario global en su con-
junto comenzó a apartarse también del ideal de gobernanza
liberal al asentarse otras formas alternativas, con el mode-
lo chino como principal competidor, y la proliferación de
los autoritarismos.

La frase de Josep Borrell de que “Europa debe aprender
rápidamente a hablar el lenguaje del poder” fue la más clara
llamada de atención sobre la necesidad de que la UE se pu-
siera las pilas. El poder blando ya no protege en momentos
en los que se ha vuelto a naturalizar la guerra y la razón de
Estado manda por doquier. Como dice I. Kraznev, se aca-
baron las vacaciones de la historia de las que habían venido
disfrutando las sociedades europeas, ahora toca adaptarse
a ella. Pero para eso hará falta un proyecto compartido y
una decidida voluntad política para ejecutarlo, justo aque-
llo que no se atisba en el horizonte.

Por lo pronto, el eje franco-alemán, la espina dorsal de
la UE, se encuentra en ambos países en plena crisis políti-
ca, con un Macron reducido a su caricatura y un Scholz con
grandes probabilidades de dejar de ser canciller. Italia, con
Meloni, como potencial peón de Trump y Musk en Europa,
es buen reflejo del éxito constante de la ultraderecha en el
continente, no precisamente hospitalaria con una profun-
dización del proyecto europeo. Y, en fin, el resto, con la ex-
cepción de los países fronterizos con Rusia, atendiendo más
a sus conflictos políticos internos que a lo que demandan
los requerimientos de la autonomía estratégica de Europa:
el desarrollo de las capacidades europeas de defensa y se-
guridad y una política exterior común. Añádanle a esto el
posible impacto de los gastos en defensa en el conjunto del
gasto público, con su posible impopularidad, o las repercu-
siones de las medidas comerciales estadounidenses sobre
economías con bajo crecimiento, aparte de los tics nacio-
nalistas de la extrema derecha y la ausencia de liderazgo.
El proceso de adaptación europea a las nuevas circunstan-
cias europeas se presenta, pues, cargado de dificultades e
incógnitas. Pero no hay vuelta atrás. Lo abordamos de cara
o la alternativa es la irrelevancia.